



Luis Barahona de Soto

Tres Églogas

Índice

Introducción

Las églogas de Barahona. La Égloga de las hamadriades

Métrica

Estructura

Tema y contenido

Las claves pastoriles

Nuestra edición

Égloga de las hamadriades

La Égloga de Felicino y Cleanto

Métrica

Estructura

Tema y contenido

Nuestra edición

Égloga de Felicino y Cleanto

La Égloga de Salicio y Filón

Métrica

Estructura

Tema y contenido

Nuestra edición

Égloga de Salicio y Filón

Apéndice

Las Hamadriades

Introducción

La edición de estas tres églogas de Luis Barahona de Soto pretende poner al alcance del público interesado en la figura y en la obra del escritor lucentino unos textos áureos que ofrecen por el momento ciertas dificultades de localización. La última edición más o menos completa de la lírica barahoniana tuvo lugar a principios del siglo presente¹, y desde entonces su nombre aparece sólo en algunas antologías o en recopilaciones por lo general poco accesibles.

La Cátedra Luis Barahona de Soto, creada en la ciudad de Lucena por la Universidad de Córdoba, durante el curso académico 1996-97, pretende fomentar el estudio y el conocimiento que se tiene acerca de tan relevante figura, la más importante que esta ciudad ha dado a las letras españolas a lo largo del tiempo. Sin embargo, el interés y el aprecio de sus propios conciudadanos deben pasar necesariamente por el conocimiento de su figura, de su aportación literaria y de la comprensión del lugar que ocupa en el universo cultural de la época.

Con la intención de paliar en alguna medida las lagunas que puedan producirse en los aspectos señalados editamos en esta ocasión tres églogas completas de Barahona, de las cinco que han llegado hasta nosotros, concretamente la primera, la tercera y la quinta, según la ordenación que ofrece Rodríguez Marín en su edición, a las que hemos denominado Égloga de las hamadriades, tal como habitualmente es conocida, Égloga de Felicino y Cleanto y Égloga de Salicio y Filón, de acuerdo con los principales protagonistas de las mismas.

Son textos de relativa dificultad para un público actual que, por lo general, es poco dado a lectura de la lírica clásica española, lo que explica el carácter divulgativo de muchas de las notas así como las diversas aclaraciones al texto.

Por otra parte, el nivel de información del público estudiantil, al que va dirigida preferentemente esta edición, no suele ser, a nuestro pesar, muy alto, a lo que contribuye también el escaso aprecio que se tiene en la actualidad por los estudios humanísticos en beneficio de otros saberes más pragmáticos. De esta forma, en la mayoría de las ocasiones nuestras notas pueden resultar comentarios innecesarios para los posibles lectores o críticos avezados en la interpretación y disfrute de textos áureos hispánicos.

El mundo pastoril. Las églogas

Las églogas son composiciones líricas en las que el poeta nos presenta un mundo idealizado y habitado por pastores, que expresan en verso sus preocupaciones amorosas. Sus orígenes se suelen situar en el mundo latino, concretamente en las Bucólicas, de Virgilio, e incluso pueden retrotraerse al griego Teócrito, pero en la literatura española la conformación

definitiva del género se debe a Garcilaso de la Vega, que alcanza niveles insuperables en sus tres famosas églogas, composiciones que se convertirán en paradigmas para un grupo amplísimo de poetas. Entre las aportaciones que contribuyen a la fijación de las convenciones literarias existentes en las églogas se encuentra, sin duda, la Arcadia, de Sannazaro, y diversas aportaciones más que forman lo que el profesor López Estrada ha llamado la «órbita previa» de los libros de pastores², género que logrará gran éxito y difusión, no sólo en España, sino también en el resto de Europa. La caracterización del ambiente pastoril de las églogas la encontramos bien descrita en los comentarios de Fernando de Herrera a la poesía de Garcilaso: «La materia desta poesía -escribe- es las cosas y obras de los pastores, mayormente amores; pero simples y sin daño, no funestos con rabia de celos, no manchados con adulterios; competencias de rivales, pero sin muerte y sangre. Los dones, que dan a sus amadas, tienen más estimación por la voluntad que por el precio; porque envían manzanas doradas o palomas cogidas del nido. Las costumbres representan el siglo dorado. La dición es simple, elegante. Los sentimientos afetuosos y suaves. Las palabras saben al campo y a la rusticidad de la aldea, pero no sin gracia, ni con profunda inorancia y vejez; porque se tiembla su rusticidad con la pureza de las voces propias al estilo»³.

Las églogas de Barahona. La Égloga de las hamadriades
Como señalábamos, de Luis Barahona de Soto se han conservado sólo cinco églogas, que siguen en diversas ocasiones los esquemas y recursos fijados por Garcilaso en sus composiciones; las más conocidas y estudiadas son la primera y la segunda en la ordenación y edición de Rodríguez Marín⁴ y, sin duda, las que ofrecen mayor interés y calidad literaria. La primera, la que se suele denominar Égloga de las hamadriades, es la que inicia nuestra selección, tras casi un siglo⁵ en que viera la luz por última vez completa.

Métrica

El poema está compuesto por veinte estancias de quince versos, endecasílabos y heptasílabos, lo que conforma un total de trescientos versos. El esquema métrico de cada estancia es el siguiente: ABCabCcDEFDEFgg. Como puede observarse la tendencia es la de ofrecer una rima similar a la de los tercetos encadenados en la primera parte, con un cambio de rima en la parte segunda que ofrece igualmente la disposición de los tercetos encadenados, sólo que al final se añade un pareado de rima independiente, recurso que en la primera parte se soluciona intercalando un verso que rima con el último de la serie encadenada. No es demasiado artificioso el esquema métrico de este tipo de estancia, sino que sigue de

una manera aproximada la idea más frecuente en el Renacimiento, en cuanto a su disposición se refiere, y que recuerda Navarro Tomás: «la estancia constaba de dos partes; en la primera, más breve que la segunda, se empleaban generalmente endecasílabos; los heptasílabos se intercalaban sobre todo en la segunda parte o servían para marcar la transición entre una y otra»⁶. Aquí se invierte ligeramente la tendencia que se señala: hay más endecasílabos, (seis), en la parte segunda que en la primera, (cuatro). Al respecto, hay que tener en cuenta que la producción lírica de Barahona pertenece al último tercio del siglo XVI, cuando los ideales clasicistas del Renacimiento han entrado en crisis, de tal manera que la etapa ofrece rasgos distintos, específicos de lo que se suele llamar Manierismo.

Estructura

La estructura de la égloga es la siguiente:

- estrofas I-III - presentación
- estrofas IV-V - canto de Silveria
- estrofas VI-VII - canto de Silvana
- estrofas VIII-X - canto de Fenisa
- estrofas XI-XIII - segundo canto de Silveria
- estrofas XIV-XV - segundo canto de Silvana, en el que se introduce como recuerdo
- estrofas XVI-XIX - el lamento de Pilas
- estrofa XX - estrofa de cierre.

Aun sin ofrecer la armoniosa y equilibrada repartición del material de la Égloga I de Garcilaso, por ejemplo, la ordenación de su materia no es excesivamente desproporcionada, sino que entre las tres estrofas de presentación y una de cierre (recordemos que eran cuatro y una, respectivamente, en la armoniosa composición de Garcilaso) se introducen dos series de cantos alternos de igual extensión (Silveria y Silvana, dos estancias; Fenisa y Silveria, tres estancias cada una), en tanto que la serie tercera sufre una visible modificación, al componerse de dos estancias el canto de Silvana y de cuatro la lamentación del pastor. Pero, sin duda, esta desproporción está motivada por la necesidad de conceder más espacio al pastor Pilas, el personaje más relevante y diferenciado del poema, que expresa su dolor ante la muerte de su amada.

Tema y contenido

En cuanto al tema de la égloga, nos encontramos ante un mundo idílico, pastoril, en el que ha irrumpido la muerte (Et in Arcadia ego, tal como refleja el conocido cuadro del Guercino), arrebatando, como hemos señalado, a Tirsa, la enamorada del pastor Pilas. Las hamadriades, que tienen en alguna ocasión determinados rasgos pastoriles, celebran las exequias de la ninfa con las fórmulas paganas de rigor, ofreciendo

sacrificios al alma de la muerta. A los cantos, recuerdos y ofrendas funerales de estas divinidades, se unen los lamentos de Pílas.

El poema se inicia con la presencia de la hamadriades cerca del río Dauro, o Darro, al pie de Sierra Nevada; las ninfas, en un día triste que luego sería famoso, cubren el cadáver de la fallecida con hierbas silvestres, al mismo tiempo que entonan canciones y recitan versos; los ganados escuchan entretanto. Luego forman canastillas con varas de diversos árboles aromáticos, de tal manera que el ambiente se llena de perfumes. Son tres ninfas las que van cantar su dolor ante la muerte de Tirsa, Silveria, Silvana y Fenisa, y van ataviadas con guirnaldas, con el pelo suelto por las espaldas.

Silveria expresa su deseo de que toda la naturaleza y los animales dejen de cumplir su habitual función, si no se realizan sacrificios por el alma de la ninfa muerta. Las selvas y los pájaros serán testigos de la expresión de su dolor.

Silvana se refiere en su intervención al momento en que van a tener lugar los ritos, a la caída de la tarde, cuando el sol pierde fuerza y empieza en la montaña el frío temporal; entonces ya Tirsa está helada y yerta, y hay que manifestar el dolor por el hecho luctuoso, no sólo en este día, sino también en sucesivas celebraciones. Anualmente, propone, honrarán su tumba con sacrificios de animales y ofrendas florales, y tal conmemoración se extenderá del norte al sur, por toda la extensión de la tierra.

Fenisa proyecta una competición para nueve días después, ofreciendo de su propio rebaño diversos premios: al ganador de la carrera una novilla, al mejor luchador dos novillas, un toro al mejor lanzador y un buey al mejor cantante. Al que hiciese los mejores versos lo que éste quisiera escoger de su manada, junto con la fama inmortal. Con motivo de tal celebración asistirá el dios de los pastores, profusamente adornado, y también llegarán pastores y zagales para las competiciones, en tanto que los versos fúnebres, igualmente resultado del concurso, adornarán las faldas del túmulo consagrado a la ninfa muerta. En su honor quemará las entrañas de una res, y lo repetirá anualmente, después de regar la víctima con leche reciente. Además derramará en la tierra, con igual sentido de ofrenda fúnebre, el mejor vino que se coseche en Lucena.

De nuevo toma la palabra Silveria y, suponiendo que el espíritu de Tirsa se encuentra merodeando por alguno de los lugares que frecuentó en vida, o acaso esté ya en los campos elíseos, le pide que preste oído a sus palabras. El alma de la ninfa quizás andará todavía frecuentando las selvas y Silveria acusa al cielo injusto de su muerte. A partir de ahora se producirá un gran desorden en la naturaleza y en el mundo pastoril; no habrá flores, ni frutos, se secarán las fuentes, los zagales no publicarán sus amores, los ojos estarán siempre en llanto, el ganado no pacerá. Dirigiéndose a Tirsa le pregunta que, si los está escuchando, por qué no responde con alguna manifestación, puesto que ella alegraba en vida la noche y, en cambio, ahora sólo les queda la memoria triste del suceso. Silvana recuerda que Tirsa solía poner fin a los litigios que tenían lugar entre los pastores y que, en alguna ocasión, salía de las aguas cantando los versos del pastor Silvano, en tanto que otros pastores se arrojaban al agua por tocarla, pero esto era en vano debido a la rapidez que ella tenía para ocultarse. Añade que al amanecer de este día vio llorar al pastor

Pilas, con la mano apoyada en la mejilla, haciendo con ello que las flores se secasen, se desgajasen ramas de los robles y se rompiesen las piedras, efectos que suelen producir los vientos Boreas y cierzo. Entonces el pastor cantó unos versos que se incluyen a continuación.

Pilas vuelve a insistir en el caos que se ha producido en la naturaleza con la muerte de Tirsa; la tierra no hace germinar nada de lo que se siembra y el pastor está en perpetua pena, hasta que, siguiendo la pauta garcilasiana, muera también él y pueda gozar de la eterna compañía de la amada. El enamorado ha realizado sacrificios en su honor y siempre seguirá honrando con ofrendas su sepultura, e, incluso, ha apartado los toros y novillos de sus becerras, para manifestar aún más el dolor por la pérdida. Después pide el descanso para su cuerpo, junto con las ofrendas y alabanzas de Apolo, de las estrellas, de los faunos y del río Dauro, cuyas aguas serán leche y miel en el sepulcro de Tirsa. También las ninfas ofrecerán delicadísimos presentes florales a su sepulcro, en el que los genios dejarán inmóviles sus huesos durante mil años.

Por último, tras el lamento de Pilas, se indica que el sol está ocultándose ya, llenando las nubes del ocaso de variados colores. Las ninfas dejan de cantar, vuelven al campo, donde el morisco suele ocultar tesoros, y se introducen en los troncos huecos de las encinas.

Como podrá apreciarse, es una bellísima égloga, eminentemente fúnebre, con ritos y ofrendas paganas, propios del mundo pastoril y mitológico en el que tiene lugar la acción, aunque también se percibe claramente la idea de la supervivencia del alma de la ninfa y el recuerdo que ha dejado en todo el universo que la conoció viva.

Las claves pastoriles

En otro sentido, hay que señalar que, desde siempre, se ha querido ver en las muestras más importantes de la literatura pastoril una ficción que ocultaba una realidad comprensible para los iniciados en las claves de su interpretación. También ha sido objeto esta égloga de algún intento de descubrir los personajes reales y los sucesos que encubre el argumento señalado. Para Rodríguez Marín, Barahona está glosando la muerte de doña María Manrique de Mendoza, que sería la ninfa fallecida, Tirsa, y el pastor Pilas, en consecuencia, sería el caballero granadino don Alonso de Granada Venegas, en cuya casa solían celebrar los poetas granadinos reuniones y academias; Silvano encubriría al gran amigo de Barahona Gregorio Silvestre, autor que efectivamente emplea este nombre poético en alguna composición, y Silvana a la amada de Gregorio Silvestre, doña María⁷. Se dejan sin aclarar otros nombres pastoriles y la fecha de composición del poema, que puede fijarse según esta hipótesis, y de acuerdo con otros sucesos a los que se hace referencia en el estudio, hacia 1569.

Por su parte Lara Garrido, en los estudios más importantes realizados hasta la fecha sobre la poesía lírica del lucentino, apunta que el pastor Pilas puede ser Gregorio Silvestre y que la ninfa Tirsa es doña María, su amada, que falleció antes que Silvestre. Apoya su hipótesis en el epitafio

latino que dedicó Barahona a la muerte de su amigo y de su amada doña María, en el que pueden encontrarse expresiones que prefiguran aspectos centrales de la égloga de las hamadriades:

«In nobis miseranda jaces, pulcherrima virgo,
Inter Hamadryadum gloria prima choros.
[...]
Sylvanique patres solvent, Driadesque sorores,
Fundentes udis ex oculis lachrimas»⁸.

A esto se une el recuerdo de las palabras de Pedro de Cáceres, en el prólogo a las obras de Silvestre, que indican que «sintió mucho Gregorio Silvestre la muerte de doña María, y así dicen que se determinó a hacer muchas canciones a su muerte, a imitación del Petrarca. Y pienso que hizo una, o dos, que fueron las primeras, y postreras, hasta entonces. Y como murió tan presto, no pudo pasar adelante con su intento»⁹. De esta manera Barahona cumple el deseo que no pudo realizar su amigo de cantar a la amada muerta y pone la expresión de ese sentimiento en labios de Pílas. Hay, por lo tanto un «desdoblamiento pastoril con Silvano»¹⁰, que también parece referirse a Gregorio Silvestre, aunque Silvano no tiene una intervención efectiva en la obra, sino que es solamente una mención. De acuerdo con esta interpretación, que creemos mucho más convincente y coherente que la anterior, el poema se escribiría algún tiempo después de la muerte de Gregorio Silvestre, hecho que tuvo lugar en Granada el día 8 de octubre de 1569.

De cualquier modo, creemos que no es completamente necesario conocer la posible realidad que escondan los versos de esta égloga para la comprensión literaria y el disfrute de la misma; por sí solos se bastan y explican por sí solos el mundo ideal y mítico al que hacen referencia.

Nuestra edición

En cuanto a la edición que hemos preparado, tomamos el texto de la princeps de esta égloga incluida en las Flores de poetas ilustres (1605), de Pedro de Espinosa¹¹, donde ocupa los folios 66 r. a 71 v., que hemos ido señalando en nuestro texto. En la obra figura la composición bajo el nombre de Soto. En esta importante antología se reúne lo más selecto de la poesía española de la época, especialmente de la que aporta innovaciones al panorama lírico; no incluye el libro, según se indica en el prólogo al lector, «la glosa de "Vide a Juana estar lavando", o algunas redondillas de las turquesas de Castillejo, o Montemayor (venerables reliquias de los soldados del tercio viejo) [...] que estos ya gozaron tiempo». Sin embargo incluye a Barahona, prácticamente el único poeta que ha fallecido cuando se imprime el libro, lo que parece índice de la vigencia del escritor

lucentino y de su importancia como eslabón entre la poesía anterior y la propiamente barroca, cuando no de la amistad del antólogo Espinosa con nuestro lírico. Hay ocho composiciones¹² de Barahona en esta antología. Además de este impreso hemos tenido en cuenta la edición que incluye Rodríguez Marín en su libro, como se puede ver por las notas que acompañan a nuestro texto, aunque en algunas ocasiones nos hemos separado de ambos. Hemos modernizado las grafías de la égloga; también hemos numerado y separado las estancias que la constituyen.

Las notas pretenden aclarar gran parte de las cuestiones significativas que suscita el poema, así como señalar, cuando las hemos podido captar, algunas relaciones con otras obras del mismo género, especialmente con Garcilaso, cuyo influjo trasciende épocas y tendencias. Determinadas aclaraciones pueden considerarse superfluas, sobre todo para un lector especializado; sin embargo, como señalábamos, hemos pensado que para algunos lectores, quizás para nuestros alumnos, puedan ser un instrumento útil para calar más profundamente en el pensamiento del poeta.

Égloga de las hamadriades
-fol.66r-

I

Las bellas hamadriades¹³ que cría
cerca del breve Dauro¹⁴ el bosque umbroso,
en un florido y oloroso prado,
en un tan triste día
cuanto después famoso, 5
por ser del pastor Pílas celebrado,
hicieron que el ganado
deste pastor y de otros, que, abrevando,
al mal seguro pie de la Nevada
Sierra hallaron, estuviesen quedos, 10
los versos y canciones escuchando¹⁵,
que en loor cantaron de una mal lograda
ninfa¹⁶, después que con mortales bledos,
tomillos y cantuesos¹⁷,
cubrieron la preciosa carne y huesos. 15

II

De cedros, mirras, bálsamos y palmas,

de encienso y cinamomo¹⁸, desgajando
-fol.66v-
flexibles varas, que, después, tejidas
por las hermosas palmas,
se fueron transformando ²⁰
en blandos canastillos, do las vidas¹⁹,
de sus tallos partidas,
las frescas rosas fueron despidiendo,
y, juntamente, de un olor precioso
ellas y el mirto y lirio azul y blanco ²⁵
un aura delicada enriqueciendo,
porque el Favonio²⁰, al tiempo presuroso,
no pareciese en sólo voces franco,
de olor, sonido y lumbre
poniendo al mundo en celestial costumbre. ³⁰

III

Silveria²¹, de Felicio celebrada,
y la que celebró el pastor Silvano,
reformador del bético Parnaso,
y la que fue cantada
del que ya gozó ufano ³⁵
del aire y cielo libertado y raso,
dolidas más del caso,
las hebras de brocado a las espaldas
sueltas, por sus gargantas despidiendo
la corriente que dan a sus pastores, ⁴⁰
ceñidas por las sienes con guirnaldas
vagas y bellas, al Amor²² prendiendo
con nueva aljaba y nuevos pasadores,
-fol.67r-
honraron con su acento
y enriquecieron el delgado viento. ⁴⁵

SILVERIA²³

IV

No preste aliento en olmos y avellanos
el céfiro apacible, ni nos siembre
de aljófara cristalina el verde suelo,
ni nos hincha las manos

el meloso septiembre 50
con dorado racimo ternezuelo,
ni nos otorgue el cielo
los madroños, bellotas y castañas,
dulces manzanas y sabrosas nueces,
ni alegres flores dé la primavera, 55
ni a las silvestres cabras las montañas
los verdes ramos den, cual otras veces,
y la manada de hambrienta muera,
si no fuere aplacada
con humos la alma de la ninfa amada. 60

V

La oscura selva, de árboles tejida²⁴,
cubierta de alcornoques y quejigos,
a quien la [inextricable]²⁵ yedra abraza,
serán de mis gemidos
fidísimos testigos, 65
y del dolor que el alma me embaraza.
La parlera picaza²⁶,
diversa en paso de las otras aves,
y desde aquellos troncos la corneja²⁷,
-fol.67v-
que sólo mal agüero nos pregona, 70
dirán qué alegres versos y suaves
por este siglo no ocupó su oreja,
en cuanto abarca nuestra oblicua zona,
ni si retumba el llano
con más que Tirsas, frecuentada²⁸ en vano. 75

SILVANA

VI

Pues que sus fuerzas y calor refrena
el encendido Febo, y la villana
gente no teme de sufrir su lumbre,
ni ronca voz resuena
de la cigarra vana, 80
que añade en los calores pesadumbre,
y sobre la alta cumbre

el seco y frío temporal asoma,
ocasionando a túmulos funestos,
y a Tirsa nos da el cielo helada y yerta, 85
mostremos el dolor que al alma doma
en las palabras y los tristes gestos,
y la alegría con la ninfa muerta,
y siempre sea este día
honrado en llanto y falta de alegría. 90

VII

Solenes pompas, versos funerales
honren cada año la dichosa tierra
que oculta y guarda los amados huesos.
Los castos animales
y la blanca becerra 95
-fol.68r-
con sangre ablanden los terrones tiesos.
Violetas y cantuesos,
ligustres²⁹, blancos lirios y azucenas,
alhelíes, rosas, trébol, madre selva,
aquí, marchitos, dejen lustre y vida. 100
Y a queste día ofrezca³⁰ tristes penas
no sólo al río, sierra, campo y selva,
mas a la gente oculta y escondida³¹,
en galos y britanos,
y cuantos hace el sol meridianos. 105

FENISA

VIII

Si con sus rayos el noveno día
la blanca aurora el mundo obscuro diere,
las nubes con su rostro destruyendo,
una novilla mía
al que mejor corriere, 110
y dos al que luchare, dar pretendo.
Y al otro que, blandiendo
el recio brazo, abarca mayor trecho,
un toro de cerviz macizo y duro,

y un buey hermoso al que mejor cantare. 115
Y al que de versos epitafio hecho
sobre el sepulcro me escribiere, juro
darle lo que él en mi manada amare,
y, lo que es mayor gloria,
nombre inmortal y palma de vitoria. 120

IX

Vendrá bermejo el dios de los pastores³²,
-fol.68v-
con bermellón y fina sangre ungido,
que en vivas conchas se produce y cría,
por ambos derredores
de sus sienes ceñido 125
con las monteses ramas que solía.
Y vendrán a porfía
pastores fuertes, diestros, y zagales,
cuál por correr, cuál por luchar, llevando
dulce vitoria, premio vitorioso. 130
Pues los marchitos versos funerales
las largas faldas³³ ornarán, pintando
el túmulo funesto y doloroso,
lleno de ciprés verde,
que eternamente su color no pierde. 135

X

Con casta oliva y olorosa tea,
con la sabina yerba³⁴ y el encienso,
en sacros fuegos quemaré el redaño³⁵
de no manchada o fea
cordera, cuyo censo 140
a tal sepulcro pagaré cada año.
Después, por fértil caño
de los colmados vasos, la caliente
leche, con sangre viva entreverada³⁶,
haré mojar la víctima humosa. 145
Y la yema del vino que la gente
de la rica Lucena³⁷ da a Granada,
-fol.69r-
la triste faz de la terrestre diosa,
vertida, humedeciendo,
vendrá los sacrificios consumiendo. 150

SILVERIA

XI

Si les es a las almas concedido,
desnudas ya de corporales cargas,
prestar oreja a los piadosos llantos,
divina Tirsa, oído
habrás nuestras amargas 155
querellas, que suspensos han a tantos
frutales, fieras, cantos³⁸.
Mas dondequiera que las tristes voces
nuestras te hallen, o en el cielo ilustre,
o al derredor de robles y manzanos, 160
o ya que elíseos aposentos goces,
pasada el agua lóbrega y palustre³⁹,
o junto al olmo de los sueños vanos⁴⁰,
rogamos que recibas
en voces muertas intenciones vivas. 165

XII

Tu alma bella nuestras selvas creo,
-fol.169v-
hermosa ninfa, que andará lustrando
con sosegado y saludable vuelo.
Y así, de mi deseo
las voces escuchando, 170
nos has de ver culpar de injusto al cielo.
Verás el verde suelo,
de vergonzoso y triste, no dar flores,
ni los frutales apacibles frutos,
ni claras aguas las delgadas fuentes, 175
ni los zagales publicar amores,
ni nuestros ojos, sin dolor, enjutos,
ni las cabrillas, ni las de dos dientes,
pacer la tierna grama,
ni responder al hijo si las llama. 180

XIII

Pues si las voces tristes comprendes,
y ves que el humo de las piedrazufres
no purga el hato y recental rebaño,
y nuestro mal entiendes,
¿por qué, mi Tirsa, sufres 185
vivir los tuyos en notable engaño?
Pues uno y otro daño,
con sólo respondernos, sanarías,
o con mostrarnos tu hermosa cara,
o con dejarte ver por do pasares: 190
pues tú eres, Tirsa, quien placer solías
dar a la noche, y reducirla⁴¹ clara,
con rostro alegre y lícitos cantares.
Mas ya tu cantilena
nos deja sola su memoria en pena. 195

SILVANA

XIV

Tú, con palabras dulces y elegantes,
a las contiendas término pusistes,
mil veces [inclinados]⁴² a vitoria
pastores litigantes,
-fol.70r-
de suerte que salistes, 200
contentos ellos, tú con igual gloria.
Y aún tengo en la memoria
que, a veces, en las ondas cristalinas
mostraste tu cabeza orlada de oro,
cantando versos del pastor Silvano, 205
a cuyo son, debajo las encinas,
el ganado de Pilas y Peloro
rumió la yerba. El uno y otro, en vano,
mil veces se arrojaron
al agua, mas tus carnes no tocaron. 210

XV

Yo vide, al tiempo que la aurora muestra
en este día su rosada lumbre,
al triste Pílas húmedas mejillas,
a quien la mano diestra
de la doliente cumbre 215
era columna⁴³, y della las rodillas,
que destas florecillas
con sus lamentos marchitó tal suma,
y desgajó de robles tanta rama,
rompiendo de las peñas tanta parte, 220
cual suele Bóreas⁴⁴ en la helada bruma,
y cual el cierzo, que herido brama;
con ardiente suspiros a invocarte
se compelió, y cantados
aquestos versos dijo mal limados: 225

PILAS

XVI

-fol.70v-

Sin tu presencia, Tirsa, el fresco viento
helado quema las fragantes yerbas,
y el rubio trigo que en el suelo echamos
perece en el momento⁴⁵.
Las uvas son acerbos 230
que de las tiernas vides desgajamos,
y en el lugar hallamos
de trigo, avena, y de cebada blanca,
vallico inútil, y del lino, grama,
y de lechuga dulce, amargo cardo. 235
Ni nos alegran ya con mano franca
Ceres y Baco⁴⁶, y en perpetua llama
en todo tiempo me consumo y ardo,
hasta que venga el día
que goce de tu eterna compañía. 240

XVII

Dos blancas reses, de vedejas llenas,
de cada cuatro cuartos poderosas,
ejercitadas al palestre oficio,

de lirios y azucenas
las frentes, y de rosas, 245
coronadas, he puesto al sacrificio.
Y siempre es mi ejercicio
honrar con premios el sepulcro amado,
haciendo fiestas, ya con tallos tiernos,
ya con sus flores, ya con dulces frutos. 250
Los toros y novillos he apartado
-fol.71r-
de sus becerras, que con los internos
mugidos cercan los fúnebres lutos,
al tiempo temeroso
que el trabajado cuerpo va al reposo. 255

XVIII

Descansa en paz, hermosa, casta y bella
y tierna carne. Que el dorado Apolo,
con sacros versos, te eterniza y canta,
y la noturna estrella
que rige el primer polo 260
tu tierra huella con piadosa planta.
Y el fauno se levanta
antes que el sol, y de apio, pino y lauro,
y de quejigo, premios vitoriosos,
guirnaldas hechas, en tu fiesta ofrecen. 265
Y sus divinas aguas nuestro Dauro
de leche y miel y de oro muy precioso
sobre sus faldas siembra y enriquece,
quedando el suelo honrado
que fue a tus huesos por sepulcro dado. 270

XIX

Loable envidia en las vecinas ninfas
forzó a seguir de aquestos las pisadas,
que en copas de alabastro y vidrio hechas,
las cristalinas linfas,
con azahar templadas, 275
con rosas y violetas contrahechas,
y en cestas nada estrechas,
-fol.71v-
de casia y amaranto y mirabeles,
y de alheña y saúco⁴⁷, tristes flores,

y los cogollos brotadores tiernos 280
de plátanos, naranjos y laureles,
presentan por los anchos derredores
de tu sepulcro, a quien, por mil inviernos,
los genios apacibles
harán tus santos huesos inmovibles 285

XX

El rojo Apolo entonces, trasmontando⁴⁸,
sembró de varias nubes el poniente,
ya azules, ya violadas, ya sangrientas,
ya aquestas despintando,
con tal de la aparente 290
color de aquestas, y otras mal contentas,
al rostro suyo atentas,
así imitaban el metal bruñido,
del mismo Febo con las fimbrias⁴⁹ de oro,
cuanto otras de la plata el lustre claro. 295
Y así las ninfas, el cantar rompido,
volviendo al campo, do el oculto moro⁵⁰
riquezas guarda con el puño avaro,
desnudas se metieron
en las encinas huecas do salieron. 300

T

La Égloga de Felicino y Cleanto

Métrica

La égloga tercera de Luis Barahona de Soto está compuesta de veinticuatro estrofas o estancias, en las que se alternan versos endecasílabos y heptasílabos, como es usual en este tipo de poemas italianizantes. El esquema métrico de cada estancia es el siguiente: ABCABCEefFgGhH. En él puede apreciarse que los endecasílabos inician la estrofa, como suele ser habitual, con seis versos en este caso, que adoptan una disposición similar a la de los tercetos encadenados. La transición a la segunda parte se marca con dos heptasílabos, uno que enlaza con los endecasílabos anteriores desde el punto de vista de la rima, siempre consonante o completa, y otro que, en el mismo sentido, sirve de puente con respecto a los versos que vienen después, si es que no está integrado ya en la parte segunda. En la parte última se alternan heptasílabos y endecasílabos en la misma proporción, con rima que semeja la disposición de los pareados, consiguiéndose en muchas ocasiones una marcada sensación

de musicalidad y de armonía. Se trata de un esquema métrico bien meditado que se inicia con regularidad y cierta majestad y que en su última parte da entrada a escalas alternas de endecasílabos y heptasílabos que producen en ese momento un ritmo más marcado y sincopado.

Hay alguna irregularidad métrica, no imputable al autor, sino a la transmisión textual de que ha sido objeto su poesía, consistente en dos breves lagunas producidas por la pérdida de sendos versos, uno ya señalado por Rodríguez Marín como inexistente en el código que copia y otro que hemos detectado nosotros en la estancia número XVIII, que bien pudiera ser omisión involuntaria del antiguo editor, puesto que éste no señala que faltase en su manuscrito. En ambas ocasiones se ha indicado su falta, como es habitual, mediante una línea de puntos. En conjunto, la égloga tendría en su origen trescientos doce versos, aunque en realidad nos han llegado dos menos, que no afectan al cómputo de nuestra edición.

Estructura

Las veinticuatro estrofas que componen la égloga tienen una repartición armónica y equilibrada, iniciándose el texto con dos estrofas narrativas de presentación y acabándose con dos de cierre. El resto se reparte alternadamente en ocho intervenciones de los pastores Felicino y Cleanto que entonan sus cantos de amor por la pastora Olisa, cuyo nombre es parcialmente homófono con el de la Elisa garcilasiana. La tendencia general es que a una intervención de Felicino, de una sola estrofa, siga otra de Cleanto con la misma extensión, salvo la séptima intervención que ocupa dos estrofas para cada uno de los enamorados. Se rompe la correlación indicada en la segunda intervención de Felicino, cuyo canto se extiende a lo largo de dos estrofas, en tanto que Cleanto tiene una, pero vuelve a equipararse en la quinta intervención, puesto que ahora a Cleanto se le asignan dos estrofas, frente a la única que tiene Felicino.

En resumen (además de la introducción y del epílogo, ambos de carácter más presentativo y narrativo), la materia lírica se reparte equilibradamente entre el canto de los pastores enamorados, puesto que en total a cada uno de ellos le corresponde diez estancias para expresar sus sentimientos acerca de la pastora Olisa.

Tema y contenido

El tema, tal como se ha indicado, es el amor que sienten los pastores Felicino y Cleanto por la desdeñosa pastora Olisa. No hay una competición clara entre ellos, sino que se limitan por lo general a elogiar la belleza de la dama aparentemente ausente, pero que en realidad está escuchando los cantos pastoriles, como se manifiesta tanto al principio como al final del poema. El planteamiento general se encuentra en la primera estancia, de tal forma que el desarrollo de la composición puede considerarse una especie de amplificación general de lo que aquí se apunta, con

intervenciones concretas y demoradas por parte de cada uno de los pastores. La ubicación de lugar, una selva frondosa y umbría, se localiza en las orillas del Dauro o Darro granadino, tal como ocurre en otras composiciones del mismo tipo (tal la Égloga de las hamadriades) y por parte de otros poetas granadinos o relacionados con Granada, de tal forma que en alguna ocasión se dijo que Barahona era oriundo de Granada, quizás teniendo en cuenta este hecho y la fuerte relación con el grupo granadino.

No hay una competición amorosa muy pronunciada entre estos pastores, sino que tanto Felicino como Cleanto se limitan a ensalzar cada cual por su cuenta a la pastora sin interferir uno en el canto del otro, sin que haya propiamente un diálogo pastoril ni menos oposición en lo que expresan. Los dos ofrecen rasgos positivos, poco divergentes entre sí, y aparecen poco individualizados, caracterizados ambos como jóvenes, discretos y poco expertos en amor. Olisa, se dice, es superior en todo a ellos, y se contenta con guardar apaciblemente su rebaño sin prestar atención a los amores.

A continuación Barahona hace una petición a las Musas para que le ayuden en la dificultad que pueda encontrar en el canto que emprende, un rasgo que suele ser característico de la poesía épica, pero que también se da en múltiples églogas. El poeta, de una forma directa, se dirige a ellas diciéndoles que cante estas divinidades como mejor pudieren lo que seguirá. El sentido habitual de la invocación a las musas viene a indicar que la tarea emprendida es superior a las fuerzas del poeta, por lo que necesita su ayuda. En el fondo se solicita una inspiración adecuada para expresar correctamente lo que se pretende. Barahona señala además que esta composición es resultado de un mandato que se le ha hecho, sin que determine por parte de quién, tópico que recuerda los rasgos que se presentaban en algunas situaciones del amor cortés y que solían proceder del deseo o del simple capricho de la amada. No hay que descartar, tal como indicar el profesor Lara Garrido, que ese mandato provenga de un contexto académico⁵¹, puesto que nuestro poeta frecuentaba las academias granadinas.

El elogio alterno de las hermosas cualidades o aspectos de Olisa se inicia con Felicino que se refiere a los cabellos y Cleanto a los ojos. Felicino canta luego las mejillas y los labios y Cleanto echa de menos la presencia toda de la ausente. El primero la insta a bajar de los fieros montes, y el segundo agrega que en el prado el sitio es mucho más agradable y habitable. En las dos estrofas siguientes ambos se refieren al rigor climático de las alturas. Felicino vuelve a invitarla a descender a la agradable situación geográfica donde se desarrolla el canto, suponiendo al mismo tiempo que está detenida por algún otro competidor amoroso. Cleanto añade que sin ella se ha producido un cambio desgraciado en la naturaleza, que afecta tanto a las plantas como a los animales y que va a provocar incluso la muerte de los pastores, tópico con frecuencia repetido en este tipo de composiciones. Además no entiende cómo le pueden gustar los secos montes en comparación con el fértil valle por el que transcurre el transparente río Dauro. Ambos se refieren a continuación al momento feliz en que ella estaba presente y vivía con ellos, en tanto que ahora todo se ha tornado desgracias y la alegría de antes se ha vuelto infelicidad.

Cleanto se pregunta acerca de quién le ayudará si la pastora se quiere dedicar a la pesca o a la caza, recordando de paso que él mismo solía antes librar de lobos o ladrones el rebaño de Olisa. Los dos vuelven a instarla para que baje, ofreciéndole regalos naturales, al igual que lo harán en su caso los demás pastores.

Terminado el canto parece como si toda la naturaleza estuviese suspensa escuchándolo. El día ha terminado, de la misma manera que ocurre en muchas otras églogas, en las que la proximidad de la noche hace cesar las canciones de los pastores. Olisa, que ha estado escuchando todo el coloquio pastoril, se levanta y sin decir nada se marcha cantando algunos versos de contento y juego, al mismo tiempo que recoge sus cabras. Este comportamiento de la pastora Olisa recuerda un tanto al de aquella otra pastora Marcela, que aparece en la primera parte del Quijote (I, XII-XIII), que tampoco tiene ningún interés en el amor, y que ni siquiera se siente responsable del suicidio del desgraciado pastor Grisóstomo. No llega aquí a tanto la dureza de Olisa, que se limita a desaparecer, coronada de flores y de rosas, sin conmoverse aparentemente por los elogios y reproches que ha oído, mientras conduce en el incierto anochecer su hato de cabras, en un final marcado por el anticlimax.

Nuestra edición

Tomamos el texto, en esta ocasión, de la edición de Rodríguez Marín, op. cit., pp. 811-820, actualizando los aspectos gráficos del mismo así como algunos elementos de la puntuación, de acuerdo con la lectura que nos parece más adecuada. La anotación tiene en cuenta algunas aclaraciones del mencionado editor, indicándose en su momento cuando así se ha procedido.

Égloga de Felicino y Cleanto

I

Bien poco espacio arriba de aquel monte
que se dejó cortar por dar corriente
al cristalino Dauro celebrado,
en un lugar do el fuego de Faetonte⁵²
en medio de su furia no se siente, 5
por ser de breñas y árboles cercado,
guardaban su ganado
Cleanto y Felicino,
a quien la ociosidad abrió camino
para rogar, cantando, 10

a Olisa, una pastora que, escuchando,
alegre burla dellos,
que el monte olvide y baje a entretenellos.

II

Los dos son tiernos jóvenes iguales,
discretos ambos y en cantar mostrados 15
y nuevos en amor, y ambos pastores⁵³
y en todo es ella más que ambos zagales,
contenta con sus pastos y ganados,
sin pena ni temor de mal de amores.
Vos, Musas, que mayores 20
cosas habéis dispuesto,
decid, según mejor pudierdes, esto;
no porque yo lo pido,
mas porque veis lo poco que he podido,
y veis que se me manda 25
y escucha el valle desta a la otra banda.

FELICINO

III

Crespas hebras de rubios cabellos⁵⁴,
tan rubios que dirán que fuistes hechos
de aquel metal⁵⁵ que esta agua helada cría;
sutiles hilos que ligáis mil cuellos, 30
tiniendo corazones mil deshechos,
y mil almas prendáis⁵⁶, y más la mía;
si vuestra gallardía
y vuestra luz preciosa
quisiese comparar a alguna cosa, 35
sería comparada
a la del claro sol, y aquesto es nada,
pues casi tiene tanta
el viento, porque os tiene y os levanta...

CLEANTO

IV

Clara hachas de Amor, ardientes, bellas, 40
que aquí alumbráis, allí abrasáis las vidas
de quien os ama y os contempla y mira;
ojos, que sois del cielo dos estrellas
grandes y en buena suerte dél nacidas,
por quien más que por cuantas tiene admira, 45
y así arrebatada y tira
tras sí cualquier sentido
que a su contemplación ve convertido,
aunque terrestre y vano,
que fuera del mortal sentir profano 50
le sube, aunque no quiera,
a la pureza de la edad primera...

FELICINO

V

Rosada luz de Amor, claras mejillas,
que os encendéis con virginal vergüenza
si veis mortales ojos, o os veen ellos, 55
y cuando, desmandadas las hebrillas,
como oro salen de la rubia trenza,
que liga y que tejieron los cabellos
del alma della y dellos,
ofendida, si mira, 60
al corazón aprieta, al rostro aíra,
la sangre arroja luego
a vosotras, que, ardiendo en aquel fuego,
me asemejáis dos soles,
inflamadas con varios arreboles 65

VI

y dulces labios, puerta de mi gloria,
con la sangre del pez de Tiro⁵⁷ ungidis,

llamas, rubíes, granas y corales,
de quien jamás Amor sacó victoria,
y con que ha despojado mil vencidos, 70
venturas de esas perlas orientales;
suavísimos panales
y ambrosia⁵⁸ soberano
de donde gloria dulce y larga mano
que a más penas convida, 75
bastante premio y paga de mi vida,
en vuestro amor gastada
y en nada más que en él bien empleada...

CLEANTO

VII

¿Dó está vuestra presencia? ¿Dóla? ¿Dóla?⁵⁹
¿Por qué no me socorre, pues que peno 80
en medio de mi gozo y me deshago?
Belleza al mundo rara, al mundo sola,
por quien aquello y esto Amor trae lleno
de su vertida sangre, y hecho un lago;
ved cuál será el estrago 85
que en las entrañas hace
de quien rendir a vuestra luz le aplace,
y más en aquel pecho
do se alimenta y vive satisfecho,
por verse aquí más vivo 90
que su alto y claro cielo, aunque captivo.

FELICINO

VIII

¿Cuál gozo extraño, cuál fiero deseo
en los horribles montes os detiene,
oh rayo de belleza ardiente y claro?
Bajad ante mis ojos, pues os veo 95

con la encendida luz que mi alma tiene,
aunque vuestra esquiveza os dé reparo.
No es justo ser avaro
quien sin su costa puede
hacer que rico el valle y monte quede 100
con sola su presencia,
de más valor y gracia y excelencia,
frescura y gentileza,
que suele al prado dar naturaleza.

CLEANTO

IX

Aquí se muestra el cielo más benigno, 105
la olor más fresca y más gentil la rosa,
y el suelo más alegre y más tractable;
que apenas en las breñas hay camino,
ni hay mata fiera que no sea enojosa,
ni sombra que parezca deleitable. 110
En esta falda, amable
es todo y apacible
y para nuestra vida conveniente:
la nieve no es tan fría,
ni tan ardiente el sol a medio día, 115
ni el viento tan esquivo,
ni el gozo tan ligero y fugitivo.

FELICINO

X

Ahí mil veces turbio, espeso, obscuro,
el cielo rayos ásperos despide
y truenos que rasgando van el viento; 120
aquí sereno, alegre, claro y puro,
no hay día ni hay lugar do no convide
con sus piadosas auras a contento.

Ahí quemará el viento
los labios tiernos bellos 125
y privará del lustre a los cabellos,
y el sol, que es implacable,
[ahí tostará su tez inimitable]60,
y aquí la sombra amena
guardará sus matices de azucena. 130

CLEANTO

XI

Ahí tu blanco pie riscos y espinas
por yerbas pisará, y aun nieve y yelo
por mollizna61 apacible y por rocío,
dando molestias a tu carne indinas,
la piel curtiendo y erizando el pelo, 135
robándote el color, la fuerza y brío.
No pienses que porfío
por mi regalo tanto
(aunque de entre los tuyos le levanto),
cuanto por ti y por ellos. 140
¿Qué flores mirarán tus ojos bellos
en esas peñas fieras?
¿Qué olores gozarás? ¿Qué bien esperas?

FELICINO

XII

Desciende, pues, Olisa mía, descende
a do, virtiendo lágrimas, te llama, 145
ardiendo en tu belleza, Felicino;
y si hay pastor allá que te pretende,
¿quién hay que te merezca? Y si hay quien te ama,
¿quién [es] de ser amado de ti digno?
Si es fácil el camino 150
y si el bajar es leve,

(que tras el curso natural se mueve),
no quieras empinarte
a do podrás un día despeñarte,
ni subas por tu mano 155
do después llores mi consejo en vano.

CLEANTO

XIII

¿Quién llevará a tu oreja, Olisa mía,
las voces dolorosas que en tu ausencia
tras ti se pierden? ¿Quién del valle y río
las quejas de su daño, y quién del día, 160
que más que su luz ama tu presencia,
y siempre está nublado sin ti y frío?
Que de tu pecho frío,
según eres piadosa,
que no podrá sufrir viendo sin rosa, 165
sin flor, sin yerba el prado,
ejar morir así nuestro ganado,
dejarnos tristes, muertos,
y, cual sin sol, sin tu calor desiertos.

XIV

¿Cómo? ¿Qué? ¿Fue posible que te agrada 170
el monte seco más que esta frescura
y más que esta agua viva la que es muerta?
La fuente de Alfacar⁶² la envió encañada
a tus dudosos pastos, pues ni dura
ni puede ser a todos siempre cierta. 175
Aquí está siempre abierta
la vena transparente
de do se sangra Dauro, y su corriente
no sólo riega al valle,
la plaza insigne y la más noble calle 180
que viste, o ver esperas,
mas parte de ese monte, aunque no quieras.

FELICINO

XV

¿Qué? ¿No te viene al ánimo, aunque seas
crüel desamorada, un pensamiento
alguna vez? ¿Qué? ¿No te acuerdas, fiera, 185
cuando en las breñas sola te paseas,
del tiempo que mirar te dio contento
esta apacible sombra, esta ribera?
De aquesta fuente, que era
no menos celebrada 190
de ti que fue cuando era ninfa amada
del ciego amante río,
¿no dices: «Allí estuvo el pastor mío;
allí vi yo mi cara,
y allí la vi adorar en la agua clara?» 195

CLEANTO

XVI

¿Qué? ¿No te acuerdas de cuando, cantando,
la selva con tu nombre resonaba,
de fieras y de peces conocido?
El cielo nueva luz iba mostrando,
y la afligida tierra se alegraba, 200
y todo me prestaba alegre oído.
Ya todo se ha perdido,
y, mudo y seco el prado,
se olvida en un silencio sosegado;
y con tristeza esquiva, 205
que no parece que haya cosa viva,
si no es que aullando el viento
con silbos representa mi lamento.

FELICINO

XVII

Todo se fue contigo; si aquí estabas,
aquí estaban las ninfas, y aquí el miedo 210
de los sátiros, vanos los hacía.
Tú regías mil danzas; tú ordenabas
mil juegos; tú mil luchas con denuedo,
que a su belleza mucha le añadía.
Faltaste tú, y el día 215
en que de aquí te fuiste
faltó el gozo y placer; que todo es triste.
Las ninfas se volvieron
en fuentes, que en llorar se derritieron;
los sátiros faltaron 220
o en árboles helados se mudaron.

XVIII

La selva se olvidó de dalle flores
a la cuidosa abeja, y del rocío
el cielo se olvidó, y de grama el prado;
.....
.....63 225
y de correr también se olvidó el río
aquel nubloso día y desdichado;
y aquí y allí el ganado
se viera desvalido
dejarse perecer en muerto olvido, 230
y, al fin, todas las gentes.
No sé cómo lo sufres y consientes;
que no eres tú tan fiera
que no sepas tratar de otra manera.

CLEANTO

XIX

Si quieres ir a caza a la montaña, 235
y si a pescar a Beiro, y si al contento
del fresco Dinadamar, di, pastora,
¿quién te lleva la red? ¿Quién te acompaña?
¿Quién te coge las frutas, y en el viento
los simples pajarillos prende ahora? 240
Y ¿quién de la traidora
y astuta zorra y lobo
liberta tu ganado, y quién del robo
les quita los despojos?
Y ¿quién ligeramente ante tus ojos 245
les sigue y hiere o mata,
y los alcanza y vivos te los ata?

XX

Cualquier lugar me puede ser testigo
del tiempo en que por tuyo me tuviste,
aunque de amor no sepas, por mi daño: 250
que de cualquier contrario y enemigo,
o lobo sea o ladrón, librar me viste
la más pequeña res de tu rebaño;
y ahora, o ya me engaño,
o falta quien lo haga, 255
no porque alguno tema de la paga
(que harto es ver, pastora,
tu rostro, que la luz del sol colora),
mas porque no se atreve
alguno a tanto amor como te debe. 260

FELICINO

XXI

Baja del monte, pues, bajo a lo llano,
baja a este valle y río; no le huyas
y volverásle al ser de su belleza;
baja y verás que espera de tu mano
la tierra que en su honor la restituyas, 265
y se te da y ofrece con largueza.

No hallarás corteza
ni piedra levantada
do no te veas escripta y figurada,
y no verás contento 270
do no escuches tus loores por el viento,
ya en cantos, ya en primores,
ya en juegos y ya en bailes de pastores.

CLEANTO

XXII

Cual con sencillo rostro y pecho tierno,
al levantar del sol o al trastornarse, 275
te ofrecerá el panar recién cogido,
y cual el simple enodio⁶⁴, antes que el cuerno
enseñe, ni dél sepa aprovecharse,
o el oso con la cama do ha nacido,
o el ingenioso nido 280
del simple pajarillo,
que no podrá, quiriéndolo, encubrillo,
.....
..... 65
la cual a su pesar todo lo allana;
o el tarro de cuajada, 285
o de la leche apenas resfriada.-

XXIII

Suspense el prado, el río, el aire, el cielo
al vario canto de los dos estuvo,
cesando en todo el cierto curso eterno;
que el tiempo aquel espacio hurtó al suelo, 290
y el sol al mundo sin contar estuvo
esto en verano, otoño, estío ni invierno.
La copia el fértil cuerno⁶⁶
con variedad de flores
al suelo le esparció y al aire olores 295
más frescos y sabrosos,
suaves, claros, dulces y amorosos
que nunca dado había.

Cesó el cantar y aquesto, y cesó el día.

XXIV

A tal sazón Olisa, que escuchaba 300
las voces más suaves y amorosas
de aquellos de quien era tan servida,
se levantó de aquel lugar do estaba
coronada de flores y de rosas,
de aquesto ni de lo otro conmovida, 305
y, por la despedida,
se fue cantando luego
algunos versos de contento y juego,
en que era acostumbrada,
y recogió a su aprisco su manada 310
de cabras, que contenta
está con el lugar do la apacienta.

La Égloga de Salicio y Filón

Métrica

El esquema métrico de la presente égloga es más simple y monocorde que el de las anteriores, reducido al empleo de tercetos encadenados de versos endecasílabos que se reparten de forma aproximada entre cada uno de los contendientes. En ocasiones, sobre todo en las partes donde la violencia de los pastores es más explícita y directa, el terceto puede ser compartido por ambos personajes; incluso hay versos divididos entre ambos, recurso que será más frecuente en la comedia áurea, y que parece enfatizar la acción dado la brevedad de las intervenciones. No se aprecia bien como en otras ocasiones la armonía en la repartición alternada de las estrofas entre ambos personajes, aunque de forma aproximada tanto Salicio como Filón intervienen de manera equilibrada en el texto.

Son doscientos veintinueve versos los que integran el cómputo total de la égloga, lo que equivale a setenta y seis tercetos, más un verso de cierre para que no quede ninguno suelto, como es habitual en las composiciones que emplean los tercetos encadenados. Se trata de la égloga más breve de las tres que editamos en esta ocasión.

Estructura

De nuevo estamos ante un debate amoroso y ocasionalmente físico entre dos pastores por la misma amada: tanto Salicio, de nombre tan garcilasiano, como Filón, se disputan los favores de la pastora Lida. Las intervenciones de ambos se alternan a lo largo del texto, con más brevedad al principio y algo más extensas en la parte final.

Tema y contenido

En contra de la placidez de la égloga anteriormente editada, la presente es mucho más dinámica, casi violenta en ocasiones. De tal forma que, y es éste un caso bastante inusitado en el mundo pastoril, los pastores llegan a combatir cuerpo a cuerpo por el amor de la amada. No es que el mundo idílico carezca de conflicto, puesto que en ocasiones al mismo tiempo que el desamor o el olvido está también muy presente la muerte, como se vio en la Égloga de las hamadriades, y se llega incluso al suicidio, pero es infrecuente la violencia física, reducida la confrontación de manera habitual a la música y a veces a los juegos deportivos. La viveza de esta composición de Barahona se acrecienta con el recurso del comienzo in medias res. Se han producido ya algunos hechos previos, de los que no se ha dado cuenta al lector, aunque se deducirán a lo largo del texto, y la acción se inicia bruscamente, sin ninguna introducción narrativa, en un momento de especial tensión: Salicio reta a Filón a la pelea y lo insulta.

El origen inmediato de la pelea va a ser la posesión de un canastillo que ha tejido la hermosa Lida. Pero se interrumpen porque la ven pasar corriendo con otras pastoras, llena la falda de olorosas flores, sobrepasando en altura a las demás, haciendo incluso que el viento sople más amoroso en las riberas del Dauro donde de nuevo tiene lugar la acción. Al verla, en lugar de luchar, se dedican los dos a ensalzarla.

De esta forma ven como la joven abate a un ciervo, ejercicio cinegético al que tan aficionado fue Barahona, según se deduce de los Diálogos de la Montería.

Sale luego a relucir la desigual edad de ambos, así como el aspecto o la hermosura, la fuerza y otras cualidades físicas, rasgos bastantes disímiles en uno y otro. Salicio es más joven y blanco, no tiene aún barba, sólo bozo, en tanto que Filón es más fuerte y más alto, tiene una barba espesa, pero es menos hermoso que el primero, que tiene pequeñas proporciones corporales similares a las de Lida.

De acuerdo con lo expresado, en un momento determinado en que ambos luchan cuerpo a cuerpo, Salicio lleva las de perder y le pide un respiro a Filón: «No me aprietes, Filón; afloja un poco», le pide. El fuerte pastor se burla del muchacho, del que dice que no «es carne ni pescado, y con la lengua leones desquijara y montes raja», aludiendo a que sus hechos no están a la altura de sus palabras.

Salicio añade que será más venturoso en la contienda del amor que en esta lucha física y alaba a la pastora ausente, lo que causa de nuevo la ira de Filón; pero replica el joven que no está en su mano dejar de hacerlo así. A partir de entonces ambos se dedican a loar a Lida, con referencias a personajes y pasajes virgilianos. En algún momento se pone de relieve si es mejor la fuerza del esposo o la belleza del mismo y cada cual pone de relieve sus propias cualidades al efecto.

Por último, Filón señala que el color blanco de que se envanece Salicio es algo deleznable, porque ni la misma diosa Flora sintió preferencia por él. La noche se acerca y ambos deciden acabar el canto, aplazando la competición para el día siguiente, cuando algunos pastores actúen como jueces de la competición. Filón apostará un hermoso mastín, Melampo, y Salicio una cabra que está preñada y que va a parir dos cabritos, y, en el caso de que su madrastra le pregunte por ella, le dirá que se quedó cansada y detenida en los riscos. Pero he aquí que la cabra ha parido ya sus dos cabritos, y ambos se aprestan a cenar bajo una peña; Salicio le señala la leña para hacer la lumbre, en tanto que él se acerca a unas breñas donde antes ha oído unos ruidos.

Nuestra edición

Seguimos el texto de la edición de Rodríguez Marín, pp. 830-837, con algunas leves modificaciones gráficas y de puntuación, como en el caso de la égloga anterior.

Égloga de Salicio y Filón

SALICIO Ora veamos si harán mis brazos,
 pastor desvergonzado y atrevido,
 que se concluyan tantos embarazos.

FILÓN Peor es ser contigo comedido:
 suelta el cestillo que mi dulce Lida
 con sus hermosas manos ha tejido.

SALICIO ¿Soltar? ¡Oh! ¡Qué! Primero el alma y vida
 que tú le lleves, o que yo, viviendo,
 del sagrado despojo me despida.
 Mas ve ésta que con otras va corriendo, 10
 la falda llena de olorosas flores,
 de lumbre al día y de placer vistiendo.

FILÓN Y vees cómo de todas las mejores

una guirnalda ciñe en su cabello,
do lleva envuelto al dios de los amores. 15

SALICIO Y vees cómo con más que pecho y cuello
a esotras ninfas sobra y se aventaja,
sin poder ni aun la envidia obscurecello.

FILÓN Y ¿vees cómo de ramas que desgaja
del arrayán y del naranjo y lauro, 20
el venturoso suelo siembra y cuaja?

Cauro67 SALICIO Veas cómo en su presencia el viento
sopla amoroso y en sus ondas claras
de amores va encendido nuestro Dauro.

FILÓN Yo no pensé, Salicio, que tú osaras 25
subir el pensamiento tan arriba,
que en mi fuego las alas68 te quemaras;
mas, pues de seso y libertad te priva
tu ciega voluntad, no es bien que ahora
tragedia triste de tu amor se escriba.30

SALICIO Veasla do está la ninfa cazadora,
corvando el arco de macizo hueso
que el viento hurta69 a un ciervo y se mejora.

FILÓN Contempla el brazo izquierdo recio y grueso,
que, por flechar la cuerda con el diestro, 35
está del arco asido, largo y tieso.

SALICIO No fue en tirar Alcón70 tan buen maestro.
Al corazón le dio. Veaslo caído
¡aunque primero supo dalle al nuestro!

FILÓN ¡Oh venturoso golpe y mal perdido! 40
¡Volvieras, Lida, el pasador al pecho
deste zagal que así es descomedido!

SALICIO Algo más justo y de mayor provecho
fuera si en tus entrañas se abscondiera,

y quedara Salicio satisfecho.⁴⁵

FILÓN En desamor de Lida pene y muera,
pastor, si de tu sangre no bebiere
si más oyo⁷¹ hablar de esa manera.

SALICIO No goce los favores que me diere,
si a tu despecho no cantare a Lida, ⁵⁰
mientras de cuerpo el alma se vistiere.

FILÓN Término corto fuera el de tu vida,
si no mirara yo tus tiernos años
y del vello tu barba aún no salida.

SALICIO Con eso excusarás, Filón, tus daños, ⁵⁵
como con estos brazos yo los míos,
que por ventura no serían tamaños⁷².

FILÓN ¿No veis cómo ha cobrado el duelo bríos
con el favor de Lida? Yo voy viendo
que no heis⁷³ de lograr un par de estíos. ⁶⁰

SALICIO ¡Quita, grosero!

FILÓN ¿Estás de mí riyendo?
Defiéndete, zagal, pues eres loco.

SALICIO ¡Ay, Lida, en las tus manos me encomiendo!
No me aprietes, Filón; afloja un poco:
cata que me quebrantas con ventaja,⁶⁵
y yo con ambos brazos no te toco.

FILÓN No pesa el tabanillo ni una paja;
ni es carne ni pescado, y con la lengua
leones desquijara⁷⁴ y montes raja.
¿Qué es eso, di? El aliento se te mengua; ⁷⁰
ya te he soltado; date por vencido.

SALICIO Victoria con ventaja no es sin mengua.
Un brazo y otro me tenías cogido.

¿A cuál Anteo⁷⁵ o cuál Milón⁷⁶ no hubieras
con esa astucia entre tus pies rendido? 75

Si tú los brazos ambos repartieras,
cuál por encima y cuál debajo el brazo...

FILÓN ¿No ves que lo tomabas tú de veras?

Eres, cuando te enojas, embarazo
tan torpe, que, pudiendo, no dudarás⁸⁰
de darme en la cabeza con un mazo.

SALICIO Si en otras cosas combatir osaras
conmigo, ya que en ésta estás medroso,
yo sé muy bien, Filón, lo que ganarás.

FILÓN Huelgo de ver tu ánimo brioso; 85
mas siendo pobre, y tosco, y niño, y feo,
¿en cuál contienda fueras venturoso?

SALICIO En el amor; aunque conozco y veo,
Filón, que en todas éstas te venciera.

FILÓN Pues ¿dónde habrá jüez para el deseo? 90

SALICIO Mirándolo estó yo, si él permitiera
que mi osadía se extendiera a tanto,
que mi proceso largo le leyera.

Aunque en el alma tengo el rostro santo,
principio de la luz que está en mis ojos, 95
y de la fuente de mi largo llanto.

Mejor que yo conoce mis enojos;
contados tiene allá mis pensamientos,
do nada halla sino sus despojos.

FILÓN ¿Que no me han de bastar requerimientos! 100
Zagal, si quiés⁷⁷ tenerme por amigo,
no resuene mi Lida en tus acentos.

SALICIO El cielo y quien le rige me es testigo,
y aun ella, que no puedo, aunque quisiese,
ni quiero, aunque me des mayor castigo. 105

Si por injuriarte lo hiciese,
pastor, tendrías razón; mas rige el seso

otro que estima en poco tu interese.

FILÓN ¿Que tan encadenado estás y preso?

SALICIO ¿Sabes qué tanto? Que mi propia vida 110
he puesto con su amor casi en un peso.

FILÓN Antes que el cielo la ocasión impida,
yo huelgo que igualmente compitamos
quien es más digno del amor de Lida.

SALICIO Veela cubierta de azahar y ramos 115
del árbol⁷⁸ que allá en Cipro⁷⁹ ornó la diosa
en cuyo fuego ahora nos quemamos.

FILÓN No suele a las espinas ser la rosa
más honra que ella al corro o la manada
de ninfas, por su causa venturosa. 120

SALICIO La flauta de Menalcas⁸⁰ heredada
tengo, y la [a]vena⁸¹ aquí; serás vencido,
pues dellas cualquier cosa te es negada.
Jamás tu nombre celebrado ha sido,
ni sátiros bailaron a tus sonos, 125
ni el río fue a tus voces detenido.

FILÓN ¿Qué me valdrán, Salicio, tus canciones
si se ponen por medio mi riqueza,
do Amor tiró⁸² el mejor de sus arpones?

SALICIO De bello esposo es digna tal belleza,¹³⁰
pues ¿quién merece a Lida, si te excedo
(júez tú mismo) en gracia y gentileza?

FILÓN Concédote eso, aunque negarlo puedo:
que eres discreto más que yo, y hermoso,
porque te pongas más gallardo y ledo;¹³⁵
mas conviene a Lida un fuerte esposo
cual yo, que la defienda, sirva y guarde,
y no, como ella, lindo y temeroso.

SALICIO El pecho de ira me revienta y arde.
¿No puedes ser cortés en competencia, 140
sin motejar al hombre⁸³ de cobarde?

FILÓN No valga en esto, pues, la diferencia.
Cual yo ha de ser su esposo, dulce y blando,
y tú eres loco o falto de paciencia.

SALICIO En buena condición te vo igualando; 145
y, pues en hermosura te he sobrado,
la sentencia está, cierto, de mi bando.

FILÓN También yo en hermosura te he igualado;
y, pues en condición estás vencido,
será el merecimiento en mí doblado. 150
Yo tengo el cuerpo cual ciprés crecido,
y no conozco, siendo tú pequeño,
de dónde esta soberbia te ha nacido.

SALICIO Tan chico es el de Lida y tan cenceño:
novillos para un yugo destinados.155
Loado Amor, que quiso ser su dueño.
Pues dime: ¿tus cabellos erizados,
tu barba espesa y tus feroces brazos,
serán con estos míos comparados?

FILÓN Juntados con aquellos que pedazos¹⁶⁰
de blanca nieve son, la gran distancia
hará que más se sientan los abrazos.
Tras el descuido agrada la elegancia;
regala los oídos una falsa
tras una y otra dulce consonancia. 165
Desnudos ambos en su lago o balsa,
podrás cercarte éstos y de aquéllos,
sin distinguir el cebo de la salsa.
Verás sobre mis hombros los cabellos
que ves en sus espaldas, y ligarse¹⁷⁰
con ellos y los brazos ambos cuellos.

SALICIO Primero que eso venga a efectuarse,
mal rayo hienda mi cabeza y cara,
de que ya pudo Lida contentarse.

FILÓN No sé yo cuál mujer se contentara 175
de ver un hombre cual de nieve o sebo,
o cuál por digno della te juzgara.

SALICIO Al fin, es rostro el mío de mancebo,
que vence a tu color y greña cuanto
al sátiro barbudo el blanco Febo.180

FILÓN No te nos loes de blancura tanto;
que así la aborreció la diosa Flora⁸⁴,
que nunca della enriqueció su manto.

De colores diversos siembra y dora
las faldas de los montes y collados,¹⁸⁵
do siempre lo más negro habita y mora.

De cárdenos y rojos y dorados
tallos y flores viste las perfetas⁸⁵
cañadas destos cerros más pintados:
los lirios y alhelíes, las violetas, 190
la más preciada rosa alejandrina,
que esotras son ante éstas imperfetas;
vees el jacinto, vees la clavellina,
que, entre las que a mi Lida van ciñendo,
de ser la principal ha sido dina.195

SALICIO Detente ya, Filón, que enronqueciendo
se va tu voz y las mayores sombras
de los subidos montes van cayendo.

FILÓN ¡Qué apasionado estás, y cómo escombras⁸⁶
la parte más remota si está oscura,²⁰⁰
y de cualquiera niebla te me asombras!

Ya es tarde, cese ya; y si al fin te dura
el brío de competir, podrás conmigo
juntarte aquí mañana a la pastura;

será Menalca o Coridón testigo, 205
o Amintas, o Dametas⁸⁷; que tú sabes
que te es cualquiera dellos buen amigo.

Y apostarte hé, porque después te alabes
de haber ganado, aquel mastín, Melampo⁸⁸
el cual pondré en tu mano antes que acabes. 210

[Ni lobo ni oso hay en todo el campo]⁸⁹
que no le tema viéndole, y no huya
si oye decir: «¡Melampo! ¡Aquí, Melampo!»

SALICIO Contento soy, y sea la cabra tuya
si me vencieres, que dos juntos pare, 215
sin que de sus provechos nada excluya;
 que, al fin, si mi madrastra⁹⁰ preguntare
por ella (que me cuenta la manada)
al tiempo que, en cenando, la tornare,
 diré que, como agora está preñada, 220
del peso de su parto detenida
se quedó en esos riscos y cansada.
 Mas véés-la: allí la cabra⁹¹ está parida
de dos cabritos juntos; so esta peña
cenemos si quisieres⁹², por tu vida. 225
 Y haz tú lumbre: vees aquí esta leña.
Yo iré con estos perros, si te place,
que no sé qué me oí en aquella breña,
mientras que tiempo de dormir se hace.

Apéndice Las Hamadriades

Las hamadriades son divinidades menores de la mitología clásica, compañeras de las ninfas, las náyades, las dríades, los faunos y los silvanos; suelen ser personajes frecuentes del mundo pastoril. Ofrecen numerosas afinidades con las dríades, de tal forma que en varias ocasiones las hamadriades parecen ser meras especializaciones de las dríades. Tanto unas como las otras carecen de nombre propio, no están individualizadas, sino que forman parte del grupo que suele llamarse dioses menores o «aldeanos», como explica Pérez de Moya: «A otro género de dioses decían aldeanos, y éstos eran tenidos por hijos de padres mortales; decíanse aldeanos, porque habitaban en varias partes de la tierra y agua, y tenían que ninguno estaba en el cielo, como los dioses grandes y medios dioses, ni les daba Júpiter, padre de los dioses, tanta dignidad, según dice Ovidio, y por esto se decía, por otro nombre dioses terrestres, o héroes, o semones; por este nombre entendían ser mortales, aunque eran de más excelencia que los hombres; deste género eran las Musas, Ninfas, Lares y Penates», Juan Pérez de Moya, *Filosofía secreta*, [1585], op. cit., I, p. 29. La referencia de Pérez de Moya es coetánea del texto de Barahona y refleja una misma convención literaria y mitológica. Un poco antes, en la primera mitad del siglo XVI, se había intentado un estudio clasificatorio

de algunos de estos seres, cfr. Theophrastus von Hehenheim, Paracelso, Libro de las ninfas, los silfos, los pigmeos, las salamandras y los demás espíritus, Barcelona, Obelisco, 1987; el tratado tiene interés esotérico y fue escrito antes de 1541, aunque editado por vez primera en 1591. Entre las primeras menciones literarias de las dríades se pueden señalar las de algunos textos de Virgilio, como la que se incluye en la Bucólica V, vv. 58-59:

«Ergo alacris silvas et cetera rura voluptas
Panaque pastoresque tenet Driadasque puellas».

El texto se refiere a Dafnis, que ha muerto y que mira gozoso a sus pies las nubes y las estrellas: «Así es como un goce alegre posee a las selvas y demás campos, a Pan, a los pastores y a las niñas Dríades». O la que aparece casi al principio del libro III de las Geórgicas, vv.40-41:

«Entretanto iremos tras los bosques y breñas no holladas de las Dríades, encargo tuyo nada cómodo, Mecenas»; apud Virgilio, Bucólicas. Geórgicas, trad. Bartolomé Segura Ramos, Madrid, Alianza, 1981, pp. 42-43 y 103 respectivamente. Servio, al comentar estos lugares virgilianos, señaló que «las Dríades son las ninfas que habitan en medio de los árboles, mientras que las Hamadríades son las que nacen y mueren con ellos, aquellas cuya vida depende de la del árbol», cfr. Constantino Falcón Martínez y otros, Diccionario de la mitología clásica, Madrid, Alianza, 1980, I, p. 191. La distinción se encuentra ya en Sannazaro: «Salid de vuestros árboles, piadosas Hamadríades, diligentes defensoras de éstos, y prestad atención al fiero suplicio que mis manos de aquí a poco me preparan. Y vosotras, Dríades, hermosísimas doncellas de las selvas profundas, que no una vez, sino mil, habéis sido vistas por nuestros pastores al anochecer bailando en círculo bajo la sombra de los fríos nogales, con los cabellos rubísimos y largos cayendo por detrás de las blancas espaldas...», Iacopo Sannazaro, Arcadia, ed. Julio Martínez Mesanza, Madrid, Editora Nacional, 1982, p. 89. Garcilaso retoma esta mención de las dríades en la Égloga II, vv. 623-628, pero no incluye la de las hamadríades:

¡Oh dríades, de amor hermoso nido,
dulces y graciosísimas doncellas,
que a la tarde salís de lo escondido,
con los cabellos rubios, que las bellas
espaldas dejan de oro cobijadas,
parad mientes un rato a mis querellas.

El Brocense, en sus anotaciones a Garcilaso, hace una recapitulación de estas divinidades: «Todo esto es de Sannazaro, como lo demás: y para que se entienda la propiedad de estas Ninfas, que aquí pone, digo que Náyades

son de los ríos; Napeas de los collados; Dríades de los bosques; Hamadriades de los árboles; Oreades de los montes; Henides de los prados», apud Antonio Gallego Morell, ed., *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, Madrid, Gredos, 1972, p. 291, grafía actualizada.

Contaba, pues, Barahona con una amplia y culta tradición en lo que se refiere a estos seres mitológicos, de los que mantiene los rasgos más sobresalientes, como su vinculación con los árboles: «el bosque umbroso cría las bellas hamadriades», señala en estos versos iniciales, árboles a los que regresan al final del poema: «Y así las ninfas [...] / desnudas se metieron / en las encinas huecas do salieron» o los cabellos sueltos por las espaldas: «las hebras de brocado a las espaldas / sueltas», al igual que en Sannazaro y en Garcilaso.

El hecho de que las hamadriades se cobijen en los troncos de las encinas puede deberse a la etimología de su nombre, tal como señalaba Fernando de Herrera en sus anotaciones a Garcilaso: «Dríades] Ninfas de los árboles, porque dris es árbol generalmente, y más el que los Latinos llaman quercus», Fernando de Herrera, *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones*, op. cit., p. 570. El propio Herrera las incluye al comienzo de su égloga tercera, titulada *Amarilis* también de carácter funeral como la de Barahona, como divinidades a las que invoca el poeta:

Vos driades, napeas, ninfas bellas,
que el canto lamentable y las querellas
oistes del pastor enamorado,
referid todas ellas
a quien canta su lástima y cuidado.

Fernando de Herrera, *Rimas inéditas*, ed. José Manuel Blecua, Madrid, CSIC, 1948, p. 143, grafía actualizada.

En la literatura española suelen aparecer estas ninfas en variados contextos pastoriles:

napeas y hamadriades hermosas
con frescas rosas
le van delante;

Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada*, ed. Francisco López Estrada, Madrid, Castalia, 1987, p. 307.

Góngora ofrece la forma hamadriás en las Soledades:

Tantas al fin el arroyuelo, y tantas
montañas da el prado, que dirías
ser menos las que verdes Hamadrías
abortaron las plantas:

fragmento que Dámaso Alonso vierte en prosa de la forma siguiente: «En fin, tantas montañas hay en el arroyuelo, tantas en el prado, que se diría ser su número mayor que el de las Hamadrías, ninfas de los árboles, de las cuales cada árbol tiene la suya», Dámaso Alonso, Las «Soledades» de don Luis de Góngora, en Obras completas, Madrid, Gredos, 1982, vol. VI, pp. 561 y 634 respectivamente.

LAUS DEO

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

